

Comparte su experiencia

## De médico a poeta

El escritor y cinéfilo Víctor Soto, desde hace poco más de tres décadas decidió tomar el camino de la palabra, que actualmente continúa con su escritura de poemas y como académico en la UABC



Víctor Soto es maestro en Letras.

Gonzalo González

Por Lizeth García  
lgarcia@frontera.info

Entre el estudio de la palabra y la carrera de Medicina, Víctor Soto se decidió por la primera opción para expresar sus ideas y necesidades, por lo que dejó su ejercicio como médico para dedicarse a la poesía y el cine.

Con su barba pequeña y rizada, el ahora académico de la Escuela de Humanidades narró que le bastaron tres años como médico para después cambiar de carrera, y tomar el estudio de las letras con la misma disciplina a la que estaba acostumbrado.

Este poeta, autor del libro "La casa del centro", nació en Durango, pero desde su niñez vive en Tijuana, donde se ha desarrollado, aunque sus estudios los cursó en la Ciudad de México.

Soto durante un tiempo también fue coordinador del Taller de Poesía de la Universidad Autónoma de Baja California, y se encargó por más de 22 años del Cine Club universitario.

Ahora el poeta tiene maestría en Letras y ha sido académico de la Escuela de Humanidades desde su fundación, donde todavía sigue formando a estudiantes de Literatura y Comunicación.

¿Qué sucedió con su carrera de Medicina? ¿Por qué abandonar esa profesión después de tanto tiempo de estudio?

Ejercí durante tres años la medicina privada, pero mis planes no iban por ahí. Al hacer un estudio de postgrado, mi interés era estudiar oftalmología o pediatría y el problema fue una consecuencia que vino de 1968, las plazas eran muy pocas en los hospitales nacionales para hacer residencias, se juntó con toda la gente que se rezagó con el 68. O sea, a la hora de querer escoger una plaza, no había.

Entonces se inventaron las especialidades que no se consideraban en ese momento como tal, como medicina familiar, anestesiología, carreras que no nos imaginábamos como una especialidad de medicina, porque la veíamos como algo técnico y a muchos no nos convenció.

Para ese entonces yo ya tenía intereses muy serios en la literatura, y estando de regreso en Tijuana, volví a tener contacto con la gente del Taller de Poesía de la universidad.

Ya estaban las inscripciones en la UNAM, y pensé, cuando quería estar en un postgrado: ¿Qué voy a hacer si me quedo sin entrar? Y lo que hice fue inscribirme a Letras. Estuve seis meses viviendo con lo que había ahorrado del servicio social, estuvo de maravilla porque me metí a estudiar francés, empecé hacer lo que no pude hacer cuando estaba en Medicina.

¿Cómo surge su interés por la literatura?

No era nada nuevo. Mis intereses casi siempre iban en función de las artes. De niño me dio por el teatro y me dio también por la pintura, tenía mis habilidades como dibujante, incluso concursé en una convocatoria de la prepa de la UABC, en una muestra de pintura de Nina Moreno, Raúl Rincón y yo, de los que recuerdo y la que nos seleccionó fue la directora del Museo de Arte de San Diego.

Yo me tomaba muy en serio la idea de la pintura, incluso pensé en irme a estudiar. Por otro lado estaba mi familia, qué iban pensar si me iba a estudiar pintura... no les hubiera extrañado nada, pero no eran las circunstancias. Ya para entonces, con la idea de irme a la UNAM, estaba estudiando por mi cuenta, y cuando me puse a seleccionar lo que según yo podría venir en el examen, acabe por caer en la sección de literatura y concretamente en la poesía.

¿Cómo define la poesía? ¿Qué significa para usted la poesía?

Antes que nada es una forma de expresión, y dentro de todo, una forma de vida, que no está alejada ni de la música ni del cine ni del teatro.

Cuando empecé a escribir, formalmente poesía, pues lo único que hice fue cambiar otras formas de expresión a esta forma, que sería a través de las palabras; ideas a

través de palabras; una serie de necesidades que se tenían que decir, y en este caso eran las palabras.

No me costaba nada hacerlo con los colores, con el dibujo, yo lo hubiera hecho bien, creo que no lo hubiera hecho mal, y no tenía como médico la posibilidad de pintar, sin embargo me daba cuenta que los cuadernos estaban llenos de dibujos, que me distraían fácilmente, entonces vi que mi carácter era más de contemplación que práctico.

La pintura era práctica, pero yo la abstraía muy bien y podía pasar todo el día y no lo sentía. La lectura lo mismo, la poesía me permitió lo otro. También vi el peligro de que la disciplina, como la medicina, no admite distracciones, que incluso era una irresponsabilidad estarla ejerciendo y darme cuenta que mi imaginación estaba en otra parte.

Entonces había un problema serio, me di cuenta que mi interés no era la medicina y era una irresponsabilidad, porque la atención que requería la medicina se volcó a la poesía. Yo empecé a ver como una cárcel el hospital, porque me sentía encerrado, verdaderamente enclaustrado, en cuanto completé una serie de créditos en la UNAM, dejé la medicina.

¿Fue difícil decidir dejar la medicina para dedicarse por completo a la literatura?

Afortunadamente no fue difícil, fue, digamos, muy normal, porque con la gente con la que andaba estaba en las mismas. Del grupo del Zaguán, fue con los que me fui después del grupo Amerindia de la UABC. Aquí conocí a Luis Cortés Bargalló, Alfonso René. Cuando llegué a México, conocí a Alberto Blanco, que venía de Química, luego había un compañero que era de Historia, y otro de Administración, y todos estábamos en una situación semejante, estábamos dejando nuestras carreras que habíamos hecho por la poesía.

Entonces fue una decisión prácticamente compartida, que me permitió sentirme parte de un cambio, la cosa fue asumirlo y tratar de hacerlo con la misma disciplina con que hice la carrera de Medicina.

¿Cómo era el ambiente literario en Tijuana en ese tiempo?

El ambiente se reducía al café Nelson, con el profesor (Rubén) Vizcaino y con Raúl Rincón, esto en 1973. En el Taller de Poesía había gente involucrada muy directamente, como el profesor Vizcaino y el doctor Michel Cobián, que tenían cincuenta y tantos años, y los compañeros del Taller tenían 22, 23 y hasta 25 años, entonces le doblaban la edad, y eso hacía que las actividades se dividieran.

El centro era el profesor Vizcaino, porque tenía la relación con la universidad y siempre mantuvo contacto con la gente joven. De 1973 a 1975, cuando regresé, seguí teniendo una comunicación con ellos y como varios regresamos, fue cuando el grupo se amplió.

En el caso de la poesía éramos seis personas, pero varios nos regresamos a la UNAM, y cuando regresé en 1978, el profesor me propuso reanudar el Taller de Poesía y el Cine Club, con esas dos cosas yo ya tenía una actividad. Era un trabajo que no tenía sueldo, pero que era muy importante, a cambio de eso me puse a dar clases en la preparatoria. Para ese entonces ya estaban de regreso Rosina Conde, Roberto Castillo y fue cuando surgió la revista Hojas y nuestro grupo se amplió.

El Cine Club empezó a funcionar con material de la Filmoteca de la UNAM, clásicos principalmente, y tuvo la convocatoria del taller que fueron los asistentes del Cine Club, y la participación de otras personas. El círculo se amplió muchísimo.

Las proyecciones empezaron en la librería México Tijuana, que estaba por la estación de bomberos, y después en la biblioteca del parque Teniente Guerrero, en la Sala Esplandián; Vizcaino se las ingenió para que estuviera ahí el Cine Club por parte de la universidad.

Después se acondicionó la salita para exposiciones, que al rato ya era el centro cultural por excelencia, incluso se extendió para el Campeste, en un área que se llamó Cala-

fía y además hicimos exposiciones de carteles de cine, de Benjamín Serrano, que permitía la forma de convivir.

¿Cómo fue su relación con el profesor Rubén Vizcaino?

La relación se dio desde la prepa. Fue mi profesor de Lógica, Filosofía y de Estética, me dio (clases) en el 1968. Ahí fue donde lo conocí, meramente en el plan de maestro alumno. Su hijo fue mi compañero de prepa. Era una etapa muy particular de la prepa, porque había mucha actividad política, había radicales de izquierda y radicales de derecha, y era muy combativa.

Cuando llegué de México, me encontré con que iba a estar Octavio Paz en un acto en el Colegio Médico, y a través de una enfermera fui a dar a la conferencia y cuando empezaba la conferencia, llegó el profesor Vizcaino, Raúl Rincón y Ruth Vargas Leyva, con la revista Amerindia.

Entonces yo conocía a Raúl y al final de la reunión me quedé platicando con él. A los pocos días fui al teatro del Seguro Social, y lo volví a ver y fue donde que me dijo que se reunían con el profesor Vizcaino una vez por semana en el Nelson. Yo desde luego estaba muy interesado, y asistí al Nelson. Un día me vio Vizcaino con el libro de León Felipe y me pidió que escribiera algo sobre él. Yo no tenía experiencia en escribir.

¿Qué opina que hayan cerrado el Taller de Poesía de la UABC hace algunos años?

El Taller de Poesía, después del Taller de Fotografía que mantiene Manuel Bojórquez, el taller era uno de los más antiguos, fue fundado en 1972. Este taller es más antiguo que el Centro de Investigaciones Históricas, entonces ya tenía una tradición dentro de la universidad.

Es un taller que tiene continuidad desde que empezó, con una revista, una proyección nacional, con una actividad ininterrumpida, porque todavía sigue, y ahora publican la revista Hojalata.

Los muchachos han seguido con actividades, algunos hemos ido a sus reuniones, no ha habido una ruptura con la poesía.

Esto da idea de que el taller, aparte de haber cumplido una función, que fue de reunir a las personas que formamos a la Escuela de Humanidades, da idea de que el taller tuviera sus propósitos como que la poesía ni fuera un hobby, tuviera forma institucional, se extendiera la enseñanza de la literatura.

Se le debió dar más flexibilidad, no estaba en un punto que no pudiera mantenerse. Si me preocupó, porque había gente que estaba participando en el taller.

Se dice que está por extinguirse el trabajo del poeta, ¿usted qué piensa?

Se le acaba de otorgar el Premio Villaurrutia a David Huerta. David dice algo muy concreto, porque le ha tocado vivir en carne propia, la revista que él hace, es una revista que sería impensable en otros tiempos, y está patrocinada por la UNAM, por Conaculta y creo que Bellas Artes. Es una revista pequeña, comparada con las grandes revistas de poesía de México, de otros tiempos.

El habla de la mercadotecnia como una amenaza verdadera, del poco interés de las instituciones por la poesía, de la idea de que la poesía ha muerto, pero resulta que en las presentaciones que hace de la revista pues siempre son muy concurrencias.

Alude David que no acabemos convirtiéndonos en poetas becarios. Yo creo que en estos momentos, particularmente en Tijuana, se está escribiendo poesía. En la Escuela de Humanidades hay varios, son la nueva generación, que tienen un buen nivel, aparte están los Poeta No Lugar, y se han realizado lecturas de poesía, con gente que viene de San Diego, y son cada vez más frecuentes.

La poesía ha atravesado por una mala racha, pero creo que está de vuelta.

PASOS DE GUTENBERG

POR DANIEL SALINAS

### "La noche del oráculo"

¿Recuerda usted alguna de esas muñecas rusas de madera que nunca faltan en alguna sala o escritorio? Sí, esas típicas muñequitas cilíndricas que viven una dentro de la otra. Pues bien, para andarnos sin muchos rodeos, le diría que esa imagen de la muñeca define a la perfección de "La noche del oráculo", la última novela de Paul Auster.

Usted tiene en sus manos el libro, comienza a leer la primera página y puede que todavía en el primer párrafo pueda creer que está leyendo una historia convencional. Pero súbitamente, la muñequita rusa se abre y adentro descubre usted otra muñeca y al avanzar unas cuantas páginas más, la muñeca vuelve a abrirse y brota otra más. Esto es lo que va a hacerle a usted la pluma de Auster.

Así, como no queriendo mucho la cosa, se topará con un pie de página y en la siguiente página con otro, hasta que de repente, caerá usted en la cuenta que lleva más tiempo leyendo la letra pequeña y que en los pies se ha ido construyendo una novela alternativa, que corre paralela a la que usted empezó a leer.

Hay algunos autores vivos que son de culto. Paul Auster es uno de ellos. El neoyorquino se da el lujo de jugar con las posibilidades de la narrativa y hacer experimentos capaces de llevar una novela hasta posibilidades

"La noche del oráculo" es un juego narrativo de espejos. Podría pensarse que Auster juega con el lector, que se divierte tomándole el pelo. Sin duda no andamos muy errados quienes pensemos así. Pero "La noche del oráculo" es también un homenaje al mágico acto de la creación literaria, es una declaración de principios literarios, una confesión de amor al arte de la novela.

La novela comienza narrada en primera persona por Sidney Orr, un escritor que al igual que Auster, mire usted que casualidad, vive en Nueva York. Orr estaba desahuciado en un hospital, pero por alguno de esos milagros de la medicina, se salva de morir y un día de pronto está en la calle. El mundo vuelve a empezar a girar para él y se da a la tarea de redescubrir las calles de su barrio, dando paseos de dos o tres cuadras que aumentan su radio de distancia conforme se va recuperando.

Una mañana descubre la papelería de un chino llamado El Palacio de Papel en donde compra un cuaderno portugués de tapas azules. En ese cuaderno comienza a escribir una novela basada en un personaje de "El halcón maltés" de Dashiell Hammett.

Pero mientras penetramos en la ficción que escribe el narrador, éste nos va contando su vida a través de pies de página que van trazando una perfecta simetría con su personaje. Pero al margen de esta bifurcación, continuamos dentro del trazado de la columna vertebral de la novela original, con breves incursiones a la obra de Hammett. De pronto, nos damos cuenta que hemos llegado a una suerte de delta del río narrativo.

Cierto, la idea es un poco más vieja que Auster. Ya Borges había planeado una historia hecha con pies de páginas o una obra conformada únicamente por prólogos. Pero, esta idea borgeana Auster la lleva a extremos inimaginables con un virtuosismo que da envidia.

Además de leer una muy buena novela, una de las mejores que he leído en los últimos años, Auster nos recuerda en esta obra que la novela, como tal, es un arte con aura de eternidad; y la eternidad, dicen, no conoce límites ni mucho menos la muerte.

AGENDA CULTURAL

### ¡ENTRA GRATIS al museo!

Tanto niños como adultos pueden, sin costo, recorrer hoy el Museo de las Californias del Cecut. Dentro de la promoción Guardianes del Museo, se dará a cada niño un cuaderno de preguntas para resolver, y se entregará un obsequio al final del recorrido. Hoy, de 10:00 a 18:15 horas, en el Cecut.



### Cuentos para niños

Dentro del ciclo "Vamos a leerlo otra vez", se presentan narraciones que abordan los valores humanos, actuadas por los Ballesteros. Hoy, en la Sala de Lectura Infantil del Cecut, a las 12:00 horas. Entrada libre.

### Círculo de lectura



Divertida actividad que promueve la lectura en los niños. Hoy, en la Sala de Lectura Infantil del Cecut, a las 15:00 horas. Entrada libre.

### Noche de trova

Guitarrazvo con Rusell Amhir. Hoy, en el café La Casa de la 9 a las 20:00 horas.

### Cine francés

Se proyectará la película "And Now... Ladies and Gentlemen", de Claude Lelouch, dentro del ciclo "Amory Amistad en el Cine Francés". Hoy, a las 19:00 horas, en la Sala de Video del Cecut. Costo: 20 pesos.